

COMUNICARNOS CON LA GENERACIÓN Z

Cuando en aquellas décadas de los famosos años 70 y 80 los jóvenes nos comunicábamos entre nosotros, la cara de nuestros padres reflejaba sorpresa porque no llegaban a entendernos. Dabuti, digamelón y perroflas son algunos de los términos que en la actualidad descansan en el baúl de los recuerdos.

También hoy la juventud sigue teniendo su propio lenguaje. ¿Entendemos cómo habla la generación Z? ¿Por qué hablan así?



CONVIENE no rasgarse las vestiduras al escuchar a nuestros hijos y a nuestros estudiantes decir: **crush**, **delulu**, **stalkear**, **bro** y unos cuantos vocablos más desconocidos para la mayoría de nosotros.

Se nos abren las carnes porque creemos que les ha dado *un yuyu* y *flipamos en colores* (¡qué antiguo, ¿verdad?). A poco que estemos atentos y peguemos la oreja o conectemos la antena, nos desbaratan estos jóvenes nacidos alrededor del año 1997 hasta aproximadamente 2010. Se trata de la famosa (y tan criticada) generación Z. Quienes pertenecen a este arco cronológico han provocado un cataclismo emocional entre propios y extraños y están agrandando la brecha generacional, que,

por otro lado, ha existido siempre, aunque parece que a estas alturas la distancia se ensancha.

Cuidado con enviarles un mensajito por el *guasap*. Somos de escribir todos los signos, palabras completas y nos creemos muy *guays* (antiguo, también) cuando añadimos emoticonos: un abanico polícromo y polisémico que no sabemos usar y que les produce **cringe**.

Andamos como pollo sin cabeza buscando responsabilidades: ¿Quién es el desalmado que enseña esas palabras?, ¿dónde aprenden esos iconos y simbolitos que perturban el lenguaje y hacen imposible entenderlos?

Pues bien, la generación Z viene marcada por este acrónimo: *YOLO* (*You Only Live Once*), o sea, lo que ya

cantaban hace años las Azúcar Moreno: 'Solo se vive una vez...'. Los «Z» se caracterizan por su impaciencia y la huida de lo aburrido y son más conscientes de que la realidad supone aprovechar el tiempo. Eso de esperar no va con ellos, de ahí que las aplicaciones, conversaciones o medios que adolecen de lentitud no les convenzan y los desechen. Les gusta atesorar muchas experiencias más que poseer y predominan entre ellos las relaciones informales. Muy celosos de su propio tiempo, anhelan el equilibrio entre el ocio y el negocio. Se acabó la **era**, –muy z, por cierto, este término–, de los *borjamaris*, *cayetanos*, *pijos engominados* y *yupis trasnochados*.

La generación Z ha nacido con la globalización muy interiorizada, con las redes en plena ebullición, a golpe de *tiktok*, rodeados de *influencers* o creadores de contenido, mandando audios de WhatsApp y podcasts en velocidad de x1.5 y x2.

Dicha instantaneidad, así como el consumo rápido de imágenes, videos y series, también se refleja en el ámbito laboral, implicando una mayor rotación entre los trabajadores más jóvenes, que perciben un beneficio en cambiar de puesto de trabajo o empresa.

Todos estos rasgos tienen su reflejo en el lenguaje, sin duda. Y no salimos de nuestro pasmo al leer sus mensajes sin mayúsculas. Pero hemos de saber que no es de buen tono usarlas, pues de hacerlo, indican un grito o bien un estado de intensidad felicidad. Así: JA-JAJAJA. Porque escribir las en minúscula denota una risa por compromiso, forzada y sin ganas: jajajaja. ¿Ven?

No hay punto final al acabar una idea o una frase, ya que ese signo resulta abrupto, brusco y borde para quien lo recibe. Ha desaparecido el punto (y) pelota (¡vaya abuelada!), ahora se lleva de *punch*. Hasta la palabra *FIN* resulta toda una antiqualla.

El emisor y el receptor «Z» tienen muy claro, no solo el mensaje sino también el código y, por supuesto, la intención: no hay lugar a dudas ni errores. Los clásicos: *ufff*, *grrr*, *argg* y *guuuu* se sustituyen por la mezcla de letras *random*, o sea, aleatorias: *jhretezkcnejakdkkd* y listo. Ya tenemos la sorpresa, la risa, el enfado y la decepción. Imposibles de confundir porque para eso está el contexto que comparten quien habla y responde. Todo un mapa lingüístico (casi) ignoto para la comunicación entre los Z y los boomers.

Recuerdo que en plena representación de la ópera *La Traviata* en el Teatro Real, yo me hinché a llorar y mi hija, «Z», me susurró al oído: «Mamá, a llorar, a la llore-ría». Se me cortó el llanto en seco. Expresión que sirve también si deseamos aplicarla a un quejica.



Me malicio que para cuando lean este artículo habrá pasado la vigencia de dicha expresión y seguro que ya han dado con otra de similar contenido. *Tempus fugit*.

Siempre han existido personas a las que tildamos de ser un *mindundi* o un *don nadie*. Añejos esos términos que inmediatamente han sido repuestos ahora por *NPC*, personajes no jugables (*Non Playable Character*) para referirse a personas aparentemente insignificantes.

Hay que estar prevenidos para expresiones como **y la queso** o imperativos del pelo: **dilo, ubícate**, incluso aseveraciones del tipo **sí soy**, porque nuestra generación Z empezó a sentir **FOMO** (*fear of missing out*), o sea, «que tengo que estar en todas las salsas y no me puedo perder nada o estoy perdido y no quiero ser el raro». Casi todos hemos asistido a

esta batería inmisericorde de preguntas: «cómo, **¿que** no has visto *Avatar*?» (la última se entiende), «**¿que** nos has ido a ver esa exposición?», «**¿que** no conoces a esa escritora?», «**¿que** no has probado ese postre?». Pero claro, según su *mood* o estado de ánimo se puede decantar más por **JOMO** (*joy of missing out*). Es decir, lo contrario del acrónimo anterior, pues parece que entre los «Z» más jóvenes se está impulsando el no querer participar en todo y cuidar la salud mental. No viene mal relajarse ante la actualidad exigente.

Hay quienes afirman que la jerga juvenil no conoce edades y que, en una reunión familiar, por ejemplo, se puede evitar el salto generacional entre los más jóvenes y los talluditos.

Lo que sí parece unir a propios y extraños, a bisoños y a quienes rozan una edad proveyta, es el hecho ineludible de que la lengua constituye un organismo vivo, mutante, que varía y se transforma a la velocidad del rayo; la lengua la hacen y la configuran los hablantes,

En más de una ocasión he insistido en que la palabra es el vínculo entre los seres humanos, y que el valor de la palabra proferida no puede caer en saco roto porque facilita las relaciones, tiende puentes y rompe barreras.





es un instrumento sagaz, pertinente y muy tramposo a veces, que facilita la comunicación y el entendimiento entre las personas, a pesar de las lagunas y equívocos que también se derivan de su uso. Empleemos el tesoro de nuestro idioma, de manera recta para el bien común.

En más de una ocasión he insistido en que la palabra es el vínculo entre los seres humanos, y que el valor de la palabra proferida no puede caer en saco roto porque facilita las relaciones, tiende puentes y rompe barreras.

Al margen de **living, shippeo, OTP**... los jóvenes saben perfectamente qué están expresando y a quién se dirigen. Es decir, que distinguen entre sus conversaciones en las redes y sus interacciones sociales y, por lo tanto, no escriben en un examen palabras como alguna de las que hemos mencionado antes ni en una presentación académica emplean expresiones formadas por siglas o acrónimos. Han aprendido a diferenciar los registros idiomáticos y aplican las normas gramaticales y las reglas ortográficas convenientemente. Escucharlos hablar o es-

cribir con sus iguales no debe provocarnos desazón ni inquietud: son momentos comunicativos con sus amigos, en una jerga común conocida por todos ellos.

La existencia de una jerga idiomática identifica a cada uno de los grupos que representa. En el caso de los jóvenes, los iguala y los protege: todos hablan igual, sin distinciones, y así se crean lazos de unión y homogeneidad entre sí.

La Academia de la Lengua así se manifiesta resaltando la diferenciación clara y notoria entre la comunicación oral y la escrita, en contextos familiares, educativos, profesionales, etc.

Como profesores, conviene escuchar a nuestros jóvenes, no tanto para evocar un gesto nostálgico en nuestra memoria y recordar

cómo éramos nosotros, sino para apreciar el uso que hacen de extranjerismos, para analizar la coherencia sintáctica y revisar la cohesión semántica, por ejemplo. De este modo, incentivarles a ampliar su propio vocabulario buscando sinónimos, animarles a explicar y detallar esa jerga críptica. Con todo ello favorecemos la descripción, la narración, el uso del estilo indirecto... Es decir, en lugar de denostar y prohibir, utilicemos su variedad idiomática como recurso lingüístico para nuestras clases; debemos pensar, además, que pronto formarán parte del ámbito



laboral y en esa inserción profesional van a aparcar toda la terminología que nos chirriaba y se van a desprender de ella. Se trata de modas con fecha de caducidad, imposibles de perdurar en el tiempo.

En definitiva, la existencia de una jerga idiomática (como la propia de los médicos, abogados, ingenieros, etc.) identifica a cada uno de los grupos que representa. O sea, confiere el sentido de pertenencia a sus integrantes y los diferencia del resto. En el caso de los jóvenes, los iguala y los protege: todos hablan igual, sin distinciones, y así se crean lazos de unión y homogeneidad entre sí.

Además, la ventaja en el conocimiento y el manejo de las redes por parte de la generación Z, les permite incorporar a su acervo lingüístico términos que no usan por no ser propios de su área geográfica. Por consiguiente, encontramos en su vocabulario un elenco de palabras y expresiones provenientes de América Latina y del mundo anglosajón. Todo ello contribuye a ampliar y favorecer su comunicación con otros jóvenes, sin barreras de idioma, creando una situación óptima para romper fronteras y cruzar puentes.

En este universo lingüístico que estamos describiendo aparecen nada soterrados otros micro universos cuyo origen está en realidades tan actuales como es el mundo drag, el colectivo LGTBQI, llenos de *vibes* o *vibras* y que en inglés y en español, significa energía. Si antes decíamos, *buen onda*, ahora *me da buenas vibes*. O la creación *yassificar*, que procede de la palabra *yass*, deformación en inglés de «yes» y con origen en el mundo drag. Se usa para hablar de alguien que está pintado, maquillado o arreglado en exceso, hasta el punto de que se ve irreal. Muchas veces las imágenes son *yassificadas*

cuando son muy editadas e incluyen emojis de corazones, por ejemplo.

No se sorprendan al leer en su guasap la aparición de *nop* o *sip* a una pregunta directa como la siguiente: «¿vienes a cenar?». Mi hijo, Z también, me asegura que «da mal rollo» contestar «no» o «sí». Vean si posee fuerza el monosílabo tan escueto y mínimo que los jóvenes deciden añadir otro sonido para disimular la dureza.

A ninguno de ellos le gustará que le adjudiquen la etiqueta de *simp*, porque eso de ser el pagafantas, *no mola* (reitero mis antigüedades).

¿Qué ha quedado de aquellas invitaciones orales o escritas en las que se expresaba la posibilidad de asistir acompañado?! Ahora todo se resuelve con una fórmula matemática, ejemplificada así: «+1». Que leemos e interpretamos como *plus one* (pronunciación a la inglesa, por favor).

Para acabar, escucho a dos estudiantes que comparten el ascensor conmigo: «déjate de red flags, ni fueguitos» y yo, muy «Z», *lol*, a limpia carcajada, «me parto la caja» (viejuno, sí).

Nota de la autora. Me he permitido marcar en negrita algunos términos sin resolver su sentido por si desean hacer la prueba durante estas vacaciones de escuchar y, sobre todo, preguntar a los jóvenes qué significan. Ya tienen la sorpresa y diversión garantizadas.